

---

# LA NECESIDAD DE SALVACIÓN EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA. CUATRO PROPUESTAS

*The need for salvation in contemporary society.  
Four proposals*

Jaime Vilarroig Martín

Universidad CEU– Cardenal Herrera (València)

[jaime.vilarroig@uchceu.es](mailto:jaime.vilarroig@uchceu.es); <https://orcid.org/0000-0003-2612-475X>

Juan Manuel Monfort Prades

Universidad CEU– Cardenal Herrera (València)

[juan.monfort@uchceu.es](mailto:juan.monfort@uchceu.es); <https://orcid.org/0000-0003-1381-3687>

---

Recibido: 8 de febrero de 2023

Aceptado: 12 de abril de 2023

DOI: <https://doi.org/10.14422/ryf.vol287.i1461.y2023.004>

RESUMEN: La necesidad de salvación en la sociedad contemporánea ha sido analizada sin pretenderlo por cuatro grandes sociólogos y filósofos contemporáneos. Ellos nos describen una sociedad del riesgo (Beck) necesitada de seguridad; una sociedad narcisista fundada en la era del vacío (Lipovetsky) necesitada de sentido y comunidad; una sociedad líquida (Bauman) necesitada de solidez y definición; y una sociedad del cansancio (Han) necesitada de reposo y pacificación. Estas reflexiones dan un cuadro bastante completo de las necesidades de salvación en la sociedad postmoderna.

PALABRAS CLAVE: salvación, riesgo, vacío, modernidad líquida, cansancio.

*ABSTRACT: The need for salvation in contemporary society has been unintentionally analyzed by four great contemporary sociologists and philosophers. They describe to us a risk society (Beck) in need of security; a narcissistic society founded in the era of emptiness (Lipovetsky) in need of meaning and community; a liquid society (Bauman) in need of solidity and definition; and a society of fatigue (Han) in need of rest and pacification. These reflections give a fairly complete picture of the salvation needs in postmodern society.*

*KEYWORDS: salvation, risk, emptiness, liquid modernity, tiredness.*

## 1. INTRODUCCIÓN

La sociedad contemporánea y nuestra época han sido calificadas de varias maneras: como postmoderna, como postindustrial, como era de la información, etc. Desde hace varias décadas filósofos y sociólogos intentan determinar los rasgos característicos de nuestra sociedad. Nos fijaremos en cuatro pensadores cuyos análisis han encontrado eco en los estudios de este tipo. Lipovetsky caracteriza nuestra era como la era del vacío; Beck la califica como sociedad del riesgo; Bauman como sociedad líquida y Byung-Chul Han como sociedad del cansancio, entre otras. Los análisis pretenden ser eso: meros análisis de la sociedad hodierna. Pero sin pretenderlo quizá apuntan a profundas necesidades humanas que responden al anhelo de salvación.

## 2. LA SOCIEDAD NARCISISTA EN UNA ERA DEL VACÍO. LIPOVETSKY

Lipovetsky sugiere en *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (1986) que en el siglo xx surge un modo de socialización y de individuación inédito que rompe con la modernidad, una nueva fase del individualismo occidental. La idea central es la siguiente:

“a medida que se desarrollan las sociedades democráticas avanzadas, éstas encuentran su inteligibilidad a la luz de una lógica nueva que llamamos aquí el proceso de personalización, que no cesa de remodelar en profundidad el conjunto de los sectores de la vida social” (Lipovetsky, 1986, p. 5).

Por supuesto, esta comprensión del concepto de “personalización” poco o nada tiene que ver con el personalismo, más bien con todo lo contrario, con el vacío de la persona. Personalismo equivale aquí a individualismo y así lo emplearemos, vivido en una sociedad en la que se da el mínimo de austeridad y el máximo de deseo (Lipovetsky, 1986, p. 7). La modernización entendida como un proceso progresivo de individualización ha sido estudiada también con profundidad y previo a Lipovetsky por Norbert Elías en su extenso trabajo sobre el proceso de civilización (2016).

Según el sociólogo francés vivimos en una época en la que el aumento de elecciones privadas hace que aumente la singularidad individual: El valor de la realización personal se convierte en el principal de los valores sociales (como veremos sucede también en Byung-Chul Han), y se le da a la autonomía individual una nueva significación. El hecho fundante de la postmodernidad es

“vivir libremente sin represiones, escoger íntegramente el modo de existencia de cada uno: he aquí el hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo” (Lipovetsky, 1986, p. 8).

En esta sociedad postmoderna se pueden encontrar cuatro rasgos: el narcisismo, la seducción, la indiferencia y el vacío. El narcisismo es la consecuencia de este gran proceso de individualización al que ha sido sometida la sociedad contemporánea. Las propias asociaciones son asociaciones que vinculan a personas con intereses particulares y excluyentes, pero no a personas entre sí. El narcisismo lleva a vivir el presente olvidándose del pasado y del futuro, sin tener en cuenta el encadenamiento de las generaciones. Pero sin esta comunidad de referencia el ‘yo’ pierde su identidad y se desustancializa.

El narcisismo se centra en el cuerpo. Pero el cuerpo en nuestra sociedad no remite a los otros, sólo a uno mismo. El cuerpo ha perdido su estatuto de alteridad en beneficio de su identificación con la persona. En este sistema no queda más que durar y mantenerse, aumentar la fiabilidad del cuerpo, ganar tiempo, salud y juventud. “El narcisismo, por la atención puntillosa hacia el cuerpo, por su preocupación permanente de funcionalidad óptima, desmonta las resistencias tradicionales y hace al cuerpo disponible para cualquier experimentación” (Lipovetsky, 1986, p. 63).

La individualización contemporánea ha llevado también a una sociedad de la seducción. “La seducción se ha convertido en el proceso general que tiende a regular el consumo, las organizaciones, la información, la educación, las costumbres” (Lipovetsky, 1986, p. 17). La sociedad ha sufrido una mutación: de una sociedad centrada en la producción (modernidad) a otra centrada en el consumo, donde se multiplican las elecciones. Ya no se pretende tanto dirigir autoritariamente sino que, a la inversa, se acrecientan las opciones privadas privilegiándose la diversidad. Por ejemplo en el ámbito de la salud se abandona el dirigismo hospitalario y se favorece la elección libre y subjetiva de las terapias suaves y a la carta.

Esta seducción hace que desaparezca progresivamente el espacio público y que se potencie la vida privada. Parece que los grandes bancos de datos, sobre los que volveremos, propician esto mismo. Un ejemplo paradigmático de desaparición del espacio público es la música: el individuo posmoderno “oye música de la mañana a la noche, como si tuviese necesidad de permanecer fuera, de ser transportado y envuelto en un ambiente sincopado, como si necesitara una desrealización estimulante, eufórica o embriagante del mundo” (Lipovetsky, 1986, p. 23). Si en la sociedad moderna los conciertos multitudinarios formaban parte de la estrategia general de seducción, en

la sociedad postmoderna dicha seducción se da a través de los oídos gracias a los auriculares.

La sociedad contemporánea propicia la indiferencia a través del mismo proceso de individualización. No se trata ni de camaradería ni intolerancia: es simple indiferencia, formando parte de la indefinición en la que se mueve la vida líquida. No es cuestión de aceptar, compartir o tolerar lo que los demás hacen o representan: ante ellos lo que prima es la indiferencia. Lo que otros hagan con su vida, simplemente no importa. Esta indiferencia se acusa por ejemplo en las instituciones académicas, donde el prestigio y la autoridad de los maestros han desaparecido prácticamente. No sólo es que el infierno sean los otros, como querría Sartre, sino que uno mismo en su soledad constituye su propio infierno: “cada uno exige estar solo, cada vez más solo y simultáneamente no se soporta a sí mismo, cara a cara” (Lipovetsky, 1986, p. 48). La indiferencia se extiende de los prójimos a Dios, que “ha muerto (...) pero a nadie le importa un bledo” (Lipovetsky, 1986, p. 36).

Este yo indiferente lo que invita es a la impasibilidad. Esta indiferencia no es pasividad, porque el hombre no puede dejar de afrontar los distintos retos que se plantean en la existencia. “El hombre cool no es ni el decadente pesimista de Nietzsche ni el trabajador oprimido de Marx, se parece más al telespectador probando por curiosidad uno tras otro los programas de la noche” (p. 42). La indiferencia viene propiciada igualmente por el aumento del campo vertiginoso de las posibilidades. La indiferencia de la masa como rasgo característico de nuestra sociedad ya fue denunciado años antes con *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset (1984), aunque para otros sería un rasgo constitutivo de la humanidad misma, como sugiere Girard quien continuamente advierte que la solución violenta a la resolución del problema mimético es parcial y caduca (Girard, 2006, pp. 64-78). Aunque pareciera una sociedad muy innovadora, en realidad lo que se hace es banalizar la innovación (Lipovetsky, 1986, p. 9). Esta indiferencia alcanza incluso al propio discurso de la ciencia, que ha dejado de ser ya hegemónico en nuestra sociedad.

Estas características han hecho que la sociedad postmoderna se consituya en una era del vacío. Sin quererlo, vivir sin ver un sentido claro a todo lo que se hace conlleva de manera no pretendida que el riesgo, como veremos luego en U. Beck, se convierta en otro de los elementos de nuestro análisis. La hiperestimulación a través de las redes (cosa que no había estallado aún cuando Lipovetsky escribía este ensayo) nos ha llevado a un vacío de sentimientos: “¡Si al menos pudiera sentir algo!: esta fórmula traduce la

nueva desesperación que afecta a un número cada vez mayor de personas” (Lipovetsky, 1986, p. 75).

Narciso está desolado porque está demasiado bien programado en la absorción de sí mismo para que pueda afectarle el Otro, para salir de sí mismo; y sin embargo insuficientemente programado ya que todavía desea una relación afectiva. Pero el vacío no sólo afecta a la vida del individuo sino a la sociedad entera: “La sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú, ni tan solo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador, estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis” (Lipovetsky, 1986, pp. 9-10).

Con este análisis sobre la mesa, es indiscutible que el tono con el que escribe Lipovetsky es abiertamente reivindicativo: las cosas no son como deberían ser. Cada una de sus expresiones y sus análisis apuntan a una realidad que debería ser transmutada, salvada. Veremos en la conclusión alguna posible respuesta.

### 3. LA SOCIEDAD DEL RIESGO. BECK

El profesor de Munich Ulrich Beck ganó fama mundial con la publicación en 1986 de *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Su análisis de la sociedad moderna tuvo una gran aceptación entre los intelectuales y en especial entre los sociólogos, pues este era su principal campo de trabajo. Su descripción de la nueva etapa en la que ha entrado la modernidad gira en torno a los conceptos de riesgo y peligro, y advierte de las consecuencias que pueden verse en el horizonte a causa del progreso científico-técnico de las sociedades avanzadas. La modernidad para Beck ha desembocado en una sociedad en la que el riesgo es el principal protagonista, un riesgo que supera las fronteras de los países y se convierte en un riesgo global, un riesgo que supera las clases sociales y afecta de una forma u otra a toda la población independientemente de su posición social.

Si en otro tiempo la palabra ‘riesgo’ hacía referencia a un problema personal, ahora hace referencia a un problema global, parece estar en juego la pervivencia de la Tierra entera (Beck, 1998, p. 19); por ello Beck recurre continuamente a los problemas medioambientales. La distribución de los riesgos sustituye a la distribución de la riqueza como problema social, pues si por una parte el progreso científico ha conseguido elevar el nivel de vida medio de la humanidad también, por otra parte, se le considera responsable de

la introducción del riesgo o el peligro global como protagonista social. Así pues, el crecimiento del riesgo es consustancial al proceso de modernización de una manera análoga a como en Lipovetsky la modernización llevaba a la individualización.

En otro tiempo

“se podía atribuir los riesgos a un infraabastecimiento de tecnología higiénica. Hoy tienen su origen en una sobreproducción industrial. Así pues, los riesgos y peligros de hoy se diferencian esencialmente de los de la Edad Media por la globalidad de su amenaza y por sus causas modernas. Son riesgos de la modernización. Son un producto global de la maquinaria del progreso industrial y son agudizados sistemáticamente con su desarrollo ulterior” (Beck, 1998, p. 28).

Son riesgos producidos por el mismo proceso que intenta conjurar la vulnerabilidad humana por el recurso a la tecnociencia, por ello se trata de riesgos que afectan a quienes los producen, ricos o pobres, poderosos o necesitados. Tampoco son riesgos que dependan de fronteras puesto que la globalización es precisamente una de las causas por las cuales los riesgos afectan a todos por igual.

El riesgo en esta nueva etapa de la historia tiene tres características: es global (con efectos locales tan reales como devastadores), es continuo y produce un daño tan impredecible como incalculable. Es global porque afecta a toda la humanidad aunque solo sea por su efecto percibido, que es en definitiva lo que cuenta: “El efecto social de las definiciones del riesgo no depende de su consistencia científica” (Beck, 1998, p. 38). Es continuo porque “la sociedad del riesgo es una sociedad catastrófica. En ella, el estado de excepción amenaza con convertirse en el estado de normalidad” (Beck, 1998, p. 30). Los riesgos son impredecibles porque no se aprecian con claridad: En otro tiempo los riesgos estaban presentes ante los ojos, hoy exigen un ejercicio de confianza. Antes los riesgos “eran perceptibles mediante los sentidos, mientras que los riesgos civilizatorios hoy se sustraen a la percepción y más bien residen en la esfera de las fórmulas químico-físicas” (Beck, 1998, p. 28). Las situaciones de peligro no son evidentes, aunque sean universales: no hay nada de específico en ellas.

Como se ha comentado, el intento del ser humano por remediar su menesterosidad constitutiva recurriendo a la ciencia es lo que ha llevado a esta paradójica situación de riesgo constante (para una visión alternativa de la técnica: Marcos, 2022, pp. 53-70). Así que en el camino la ciencia misma ha sido

desacreditada. Hoy se extiende una gran duda sobre los progresos científicos. La ciencia queda desmitificada en lo que respecta al principal valor que adquirió en el siglo XIX, pues el progreso científico no responde a las expectativas creadas. Afirma Beck: "La duda es extendida a las bases y a los riesgos del trabajo científico, con la consecuencia de que el recurso a la ciencia es al mismo tiempo generalizado y desmitificado" (Beck, 1998, p. 20). Quizá por ello el cansancio sea también una de las características de esta sociedad del riesgo, como se verá luego en Byung-Chul Han.

La investigación científica y los riesgos globales quedan vinculados y ello genera una visión de la investigación que obliga a tener en cuenta tanto sus objetivos como sus repercusiones. Si la ciencia no implica mayor seguridad, la seguridad quedará en manos de propuestas políticas o ideológicas, lo que supone un cambio social relevante en el que puede tener gran impacto la superstición, la ideología o los intereses tanto personales como de grupo.

"Al ocuparse de los riesgos civilizatorios, las ciencias ya han abandonado su fundamento en la lógica experimental y han contraído un matrimonio polígamo con la economía, la política y la ética, o más exactamente: viven con éstas sin haber formalizado el matrimonio" (Beck, 1998, p. 35).

Tanto el progreso como la riqueza que le son anejos acaban generando un riesgo que no existía cuando había inmovilidad y escasez. Las nuevas soluciones a los viejos problemas generan nuevos problemas en ocasiones peores que aquellos que pretendían remediar. Por ello "se difunde el saber de que las fuentes de la riqueza están contaminadas por las crecientes amenazas de los efectos secundarios" (Beck, 1998, p. 26). El progreso quizá no sea tan halagüeño como pensábamos, porque "en el proceso de modernización quedan liberadas cada vez más fuerzas destructivas, y esto en una medida ante la que la inteligencia humana queda perpleja" (Beck, 1998, p. 27); reflexiones similares a las de P. Virilio (2010) a propósito del accidente total.

La necesidad soteriológica a la que apuntan los análisis de Beck es la seguridad, por ello no es extraño que aumente en nuestra sociedad la venta de promesas de seguridad no siempre bien fundadas. "La promesa de seguridad crece con los riesgos y ha de ser ratificada una y otra vez frente a una opinión pública alerta y crítica mediante intervenciones cosméticas o reales en el desarrollo técnico-económico" (Beck, 1998, p. 26). Necesidad de seguridad que aprovecha la política profesional para sacar partido, y el riesgo adquiere un gran potencial político. En la sociedad del riesgo lo que hasta el momento se había considerado apolítico se vuelve político. Pero "la apertura de la cuestión de cómo gestionar políticamente las amenazas se encuentra en una

clara desproporción con la creciente demanda de actuación y de política” (Beck, 1998, p. 54).

Aunque el riesgo afecte a todos por igual no afecta del mismo modo. “Los riesgos producen nuevas desigualdades internacionales, por una parte, entre el Tercer Mundo y los Estados industrializados, por otra parte, entre los mismos Estados industrializados (...). Hay una fuerza de atracción sistemática entre la pobreza extrema y los riesgos extremos” (Beck, 1998, p. 47). Esto es particularmente evidente en la deslocalización de las empresas no solo por cuanto afecta a los trabajadores sino a la potencial degradación del medio. Cosa que no tiene nada de extraño puesto que el riesgo o su gestión se ha convertido en una buena oportunidad de negocio. “La expansión de los riesgos no rompe en absoluto con la lógica del desarrollo capitalista, sino que más bien la eleva a un nuevo nivel. Los riesgos de la modernización son un *big business*” (Beck, 1998, p. 29). En definitiva, los riesgos también son oportunidades de mercado, tal como apuntará igualmente Bauman al hilo de sus análisis sobre la vida líquida en relación al mercado.

La necesidad soteriológica que pone de relieve Beck es la seguridad. Si la sociedad industrial de clases se movió bajo la declaración de “tengo hambre” e imaginó un reino de los cielos donde todos serán saciados, así también en la sociedad postindustrial o postmoderna el grito es el de “tengo miedo” (Beck, 1998, p. 56) que bien podría fundar la esperanza en un reino donde todos estuviéramos definitivamente a salvo.

#### 4. SOCIEDAD LÍQUIDA, VIDA LÍQUIDA. BAUMAN

Bauman es quizá el autor más conocido de los tratados aquí. Su concepción de la vida líquida, modernidad líquida, sociedad líquida, amor líquido, etc., han impregnado en cierto sentido los análisis del mundo contemporáneo. Tres son las ideas en las que nos vamos a detener para comprobar cómo su análisis apunta a una necesidad de salvación no resuelta en el mundo contemporáneo: la idea de ser líquido, la pérdida de modelos y la mercantilización de la vida.

La sociedad líquida contemporánea es la que ha perdido estabilidad y solidez. Aunque Bauman se esfuerza por mantener un tono neutral y analítico, es imposible no leer sus páginas y percatarse de la nostalgia por una sociedad en la que las relaciones y los elementos de sentido fueran más duraderos y estables. Por ejemplo, comenta Bauman que en la sociedad contemporánea im-

porta más saber liberarse de las cosas que saber adquirirlas (Bauman, 2006, p. 10). Es decir: si la adquisición progresiva de elementos diferenciadores es lo que va marcando un estilo y una identidad propia, parece que en nuestra sociedad importa más saber abandonar aquello que nos pueda comprometer e identificar con una determinada manera de ser o estilo que tener una determinada identidad (García-Valdecasas, 2017, pp. 458-459).

El cambio en sí no es el elemento constitutivo de nuestras sociedades, habida cuenta de que cambio siempre lo ha habido en la historia de la humanidad. Entonces, ¿cuál es el elemento diferencial? No el cambio, sino su velocidad. Esto es lo que hace de nuestra época una época diferente. Todo cambia pero a una velocidad como nunca antes se vio. En este sentido importa más la velocidad que la duración (Bauman, 2006, p. 17). Hasta tal punto que “en el mundo moderno líquido la lealtad es motivo de vergüenza, no de orgullo” (Bauman, 2006, p. 19). No es infrecuente encontrar compañías de teléfonos o similares premiando a quien cambia de proveedor en lugar de premiar a quien permanece fiel.

En la línea ya examinada de Lipovetsky la individualización parece ser uno de los rasgos de esta modernidad líquida. Topamos aquí con cierta paradoja: la individualización debería llevar a ser cada vez más uno mismo, con una identidad más marcada y definida. Y sin embargo no es así, porque el parecido de todos los que siguen la misma estrategia vital es abrumadora: ser individuo es ser como los demás del grupo (Bauman, 2006, p. 28). De ahí que otros autores como Girard analicen precisamente este punto como fuente de conflicto continuo en el seno de nuestras sociedades (Girard, 2002, pp. 37-54). Y sin embargo, el imperativo de individualización se mantiene firme: “la individualidad es una tarea que la propia sociedad de individuos fija para sus miembros” (Bauman, 2006, p. 31). Así como hubo épocas en las que la sociedad invitaba u obligaba a conformarse con las pautas y los modelos comunes, parece que la sociedad actual invita compulsivamente a no conformarse con nada, ser uno mismo sin asumir nada que pueda definirlo o identificarlo. Se trata de una lucha por la singularidad.

De tal modo que aparecería una nueva definición del ser humano: ya no es el *homo sapiens*, ni el *homo faber* o *laborans*, sino el *homo eligens* (Bauman, 2006, pp. 49-158). Además, con la incertidumbre y riesgo (Beck de nuevo) propios de nuestra época según la cual ya no hay un trayecto definido por una meta preestablecida, la ruta se corrige sobre la marcha porque se hace camino al andar. Se trata de la búsqueda paradójica de una identidad que rehúye de la identificación, semejante a un “movimiento hacia una identidad perpetuamente por fijar” (Bauman, 2006, p. 47).

El segundo de los elementos que hemos seleccionado para analizar la sociedad líquida contemporánea según Bauman es la pérdida de los personajes ejemplares. La ejemplaridad de alguien es lo que permite proponer modelos de actuación y conducta, de pensamiento o valoración, dispuestos de tal manera que la sociedad sabe a lo que aspira. Pero asistimos en nuestra sociedad a una desaparición de tales modelos. Hubo una primera transición de dichos modelos en Europa cuando se pasó de los santos mártires a los héroes nacionales; la transición contemporánea consiste en pasar de estos héroes nacionales a meras celebridades de moda.

El santo mártir de la cristiandad clásica realizaba un sacrificio sin reparar en cálculos: Dios era su público y no importaba que la sociedad supiera o no de su sacrificio. Sin embargo, al entrar en juego la conformación de los Estados nacionales aparecieron en escena los héroes que eran capaces de entregar su vida en pro de la sociedad o nación que representaban. A diferencia de los mártires los héroes modernos calculan su sacrificio, y lo hacen porque saben o esperan sacar algún partido aunque sea en pro de la comunidad. El héroe nacional no se sacrificaría si pensara que su sacrificio es a la postre absolutamente desconocido y estéril. Y sin embargo en la sociedad líquida en la que habitamos no hay ni unos ni otros: únicamente celebridades que ascienden o declinan al paso que va marcando la fama del momento. No sólo es que dichas celebridades no sean modelos ejemplares de vidas auténticamente plenas, sino que ni siquiera es posible conocer las decenas de estos famosos que van sucediéndose velozmente como las olas del mar.

El tercer elemento en el que nos queríamos detener al analizar la modernidad líquida es la mercantilización de todas las esferas de la vida. De una manera, quizá exagerada, afirma Bauman que el mercado es una especie de nuevo rey Midas que transforma a peor todo lo que tocan sus manos (Bauman, 2006, p. 121). Es evidente que siempre ha habido mercado, comercio, etc. ¿Cuál es la diferencia del mercado en el siglo *xxi*? Que no está orientado a la producción de bienes sino a la incitación del deseo (véase también el certero análisis de Hernández, 2016). No se trata de organizar el mercado en torno a la producción, sino en torno al consumo, tal como también apuntaba Beck en sus reflexiones. El anuncio comercial no está destinado a informar de las bondades y cualidades del producto sino a estimular el deseo a fin de que la cosa sea deseada, elegida, comprada (Bauman, 2006, p. 124).

El mercado actual debe dejar los deseos insatisfechos porque esta es precisamente la condición de posibilidad de su existencia. El mercado no puede dotarnos de cosas que nos vayan forjando una determinada identidad, porque en tal caso, llegado un momento, dejaríamos de recurrir al mercado. Así

que se trata de un mercado que, bajo la apariencia de dotarnos de identidad fuerte, en el fondo nos deja con identidades líquidas. Se cuenta que algunas redes sociales de emparejamiento nunca vinculan a dos personas que encajaran perfectamente porque en tal caso dejarían de recurrir a dichas aplicaciones: siempre buscan emparejar a dos personas que no acaben de encajar del todo.

El mercado está colonizado por la obsolescencia programada y por tanto se invierten los valores de la duración y la fugacidad: si en el pasado lo ideal era adquirir un bien duradero en el presente líquido lo interesante es adquirir un bien lo más fugaz posible. Tan fugaz como los vídeos cada vez más cortos que inundan las redes sociales. En la sociedad líquida se pone en cuestión y desprecia el carácter virtuoso de la dilación, olvidando así al ser humano como asceta de la vida, único animal capaz de decir no, en expresión feliz de Max Scheler.

El carácter paradójico y contradictorio de la sociedad se pone de manifiesto en multitud de detalles. Bauman se fija en uno: el aumento parigual de los libros de cocina y de los libros de cómo adelgazar. Es una clara manifestación de que la economía no se centra en la satisfacción de necesidades, sino en la incitación de deseos. No es que tengamos, por ejemplo, necesidad de vida sana y una vez cumplidos ciertos objetivos de hábitos deportivos quede satisfecha dicha necesidad. El mercado y la sociedad se encargan de que dichos objetivos sean cada vez más exigentes: por más en forma que esté el cuerpo siempre se puede estar más en forma. De nuevo recuerdan los análisis de Girard en torno a patologías contemporáneas tales como la anorexia y similares (Girard, 2009).

Esta obligación de consumir y comprar de manera compulsiva sin que quedemos satisfechos está directamente relacionada con la sociedad líquida que obliga a ser uno mismo pero teniendo como consecuencia que continuamente quedemos indefinidos: "¿No es cierto que la toma perpetua de decisiones casi nunca definitivas y, en ningún caso, irrevocables se ha convertido en algo obligatorio e ineludible, que ya no puede ser ignorado ni aún menos rechazado?" (Bauman, 2006, p. 123).

Evidentemente los análisis de Bauman no están destinados a criticar la institución del mercado en sí, sino la colonización que esta institución ha llevado a cabo en otras instituciones no menos importantes. Primero la mercantilización ha llevado a vaciar de valores la familia, la escuela o el trabajo. A continuación se ha preocupado por ocupar los puestos de estas instituciones que dotaban de solidez y estabilidad la vida del ser humano.

Un ejemplo de esto es la escuela: así como estábamos acostumbrados a una educación con los objetivos claros y marcados ahora el discurso pedagógico insiste en que la educación nos prepara para un futuro que desconocemos, y por tanto los objetivos son fluidos e inestables. Al modo como antiguamente los proyectiles partían con el blanco predefinido y hoy en día los proyectiles corrigen la trayectoria sobre la marcha, porque el objetivo mismo es móvil o ni siquiera estaba definido cuando fue disparado el proyectil, así también en la educación los objetivos no se pueden predefinir porque la mercantilización ha afectado también a la institución educativa (Bauman, 2006, p. 156. Sobre el tema específico de la educación véase también Bauman 2007).

La necesidad de salvación a la que apunta Bauman con sus análisis es indudable: el ser humano ansía una estabilidad y solidez que no le proporcionan la sociedad postmoderna.

## 5. SOCIEDAD DEL CANSANCIO. BYUNG-CHUL HAN

El último y más reciente de los autores que apuntan certeramente a elementos constitutivos de las sociedades contemporáneas es Byung-Chul Han. Se trata un filósofo coreano afincado en Alemania que mediante ensayos breves disecciona las contradicciones de la sociedad postmoderna en la que transcurren nuestras vidas. La sociedad del cansancio que analiza tiene que ver con la autoexplotación a la que estamos sometidos pero también con la soledad en la que vivimos y el control que se ejerce sobre nosotros. Así que estos serán los tres elementos a analizar: cansancio, soledad y control.

El miedo en la sociedad contemporánea ya no se vive tanto por agentes externos patógenos que pudieran atacar al ser humano, sino por una violencia positiva (así le llama) que amenazan al ser humano por exceso de positividad (Han, 2012, pp. 7-15). Tres buenos ejemplos de esto: la obesidad (exceso de alimentación), el trastorno de hiperactividad por déficit de atención o TDH (exceso de actividad) o el temido *burn out* (exceso de trabajo). Nos acercamos a lo visto en Beck, para quien el peligro principal no se daba por infradotación de medios, sino por sobredotación de los mismos (García Mourelo, 2018, pp. 314-317).

Para Byung-Chul Han el capitalismo ha entrado en una nueva fase, así que ya no vivimos en la sociedad industrial en la que un jefe vigilaba y oprimía al pobre trabajador de la fábrica. El capitalismo se ha refinado de tal manera que ahora es el propio trabajador el que se autoexplota y exige hasta caer

rendido. Toda la oleada de psicología positiva unida al discurso de que cada uno debe ser el empresario de su propia vida, tomar las riendas, ser autónomo, etc., ha concluido en arrojar sobre el ser humano la pesada tarea de rendir continuamente. La autoexigencia abarca hasta en el ocio donde uno mismo se examina y reclama resultados (en los pasos que se dan durante el día, en los picos ascendidos, en el número de libros leídos, etc.). La sociedad del cansancio es el resultado de la sociedad del rendimiento.

El héroe de esta sociedad de cansados es el escribiente Bartleby de Melville, que se excusa de toda tarea diciendo: “preferiría no hacerlo” (Han, 2012, pp. 39-44). A esta situación de cansancio contribuyen la fatiga informativa con la que estamos asediados y la distracción continua de la atención por creernos obligados a cumplir varias tareas. Se presenta como un logro civilizatorio el *multitasking*: ser capaz de hacer varias cosas a la vez; cuando en realidad se trata más bien de un retroceso en la historia de la evolución que no de un progreso. El ser humano avanzó porque fue capaz de concentrarse en una tarea haciendo abstracción de todo lo que no fuera dicha tarea. La cantidad de estímulos que atraviesan nuestra atención son, como se ha dicho, uno de los elementos distractores y fatigantes de nuestra cansada sociedad.

El segundo elemento a analizar en esta sociedad de cansados es la soledad en la que vivimos. De nuevo encontramos coincidencia con los análisis de Lipovetsky cuando decía que la sociedad postmoderna era una sociedad individualista. Byung-Chul Han analoga la situación del hombre contemporáneo, hiperconectado con los demás a través del teléfono móvil pero profundamente solo, a un enjambre donde cada individuo está vinculado con los demás y sin embargo profundamente aislado en la soledad de sus celdillas (Han, 2014, pp. 15-20; véase también los atinados análisis de Anrubiá, 2018). Lo propio de la modernidad fue la psicología del ‘nosotros’ analizada por Le Bon en el nacimiento de la psicología de masas. A inicio del siglo xx se analizó adecuadamente la sociedad como una sociedad de masas (Ortega y Gasset, 1984). Lo propio de una masa es que se ha perdido la individualidad y se despersonaliza uno en el ‘nosotros’. Pero la sociedad contemporánea ya no tiene alma colectiva (Bauman nos lo recordaba a propósito de la pérdida de referentes sociales), ya no somos un ‘nosotros’ sino un yo hiperconectado y a la vez solitario. Los hikikomoris ya no están reclusos en su habitación sino que pueblan las calles y comercios: somos nosotros mismos (Han, 2014, p. 70).

Si la realidad es el referente más evidente en el cual se encuentran nuestros discursos y nosotros mismos, hoy en día pelagra la misma realidad. Los teléfonos móviles son ventanas que no dan al mundo de lo real, cosa que nos permitiría encontrar un alma colectiva, un ‘nosotros’. El mundo de las redes

sociales son ventanas que dan a nuevas ventanas, y así sucesivamente sin tocar nunca la realidad real. La realidad virtual, poliédrica y construida, impide que se dé un alma social y colectiva. Y esta soledad en la que no hay puentes fatiga aún más al individuo cansado postmoderno.

Un ejemplo que comenta el propio Byung-Chul de cómo la realidad ha perdido peso es el síndrome de París (Han, 2014, p. 35). Al parecer no es infrecuente que los visitantes de París se lleven una decepción porque la idea virtual que se habían forjado del mismo no se corresponde con el París real, llegando al extremo de preferir un París inventado a un París real. Lo virtual es hiperreal, tal como predijera Baudrillard en *La precesión de los simulacros* hace unas décadas (1978). Pero lo virtual fatiga la atención y la salud (los estudios afirman que cada vez el ser humano duerme menos) e imposibilita construir un relato compartido porque falta la referencia a la realidad.

El tercer elemento que potencia el cansancio de nuestra sociedad es el control al que vivimos sometidos. Pero Han apunta que ya no se trata de un control externo controlado por un vigilante omnipresente. El poder ha mutado. No es ya una biopolítica al modo de Foucault en la que el control de los cuerpos se realizaba de manera externa por un panóptico ideal en el que el vigilante veía a todos pero no era visto por nadie (Han, 2021, pp. 20-21). En la sociedad actual, en la que prima el valor de la elección (de nuevo el *homo eligens* de Bauman), somos nosotros mismos los que regalamos nuestra intimidad a quien quiera mirarla.

Las redes sociales que nos aíslan han hecho posible la aparición de un nuevo poder que no controla solo los cuerpos externamente, sino que es capaz de mirar dentro de donde nunca jamás tirano alguno pudo ver: los propios pensamientos. El teléfono móvil es un historial no sólo de los lugares donde hemos estado, sino de los pensamientos y deseos más propios. ¿Tiene que venir alguien a robarnos esta intimidad celosamente guardada en el interior del teléfono? No: somos nosotros mismos los que interactuando con las redes sociales ponemos de manifiesto continuamente la intimidad del alma. El poder solo tiene que recoger lo que el individuo voluntariamente está poniendo cotidianamente a disposición, exhibiéndose. Y lo hacemos gustosamente porque nadie nos obliga a ello (Han, 2021, pp. 33-35).

Antes vivíamos en una sociedad disciplinaria, de la vigilancia externa, en la que ser humano era un sujeto en el sentido de que vivía sujeto a un poder externo que de vez en cuando le dejaba descansar. Pero nuestra sociedad postmoderna es una sociedad del rendimiento donde vendemos continua-

mente nuestra alma a logros cada vez más exigentes y ya no nos es posible parar para descansar.

La necesidad soteriológica a la que apunta el filósofo coreano es aquí tan evidente como en los otros. El descanso, la contemplación, el reposo, la vida contemplativa, es una necesidad creciente de la que el ser humano de hoy no siempre es consciente (véase una breve crítica en Justo, 2022, p. 751).

## 6. CONCLUSIÓN

Cuatro autores, cuatro análisis de la sociedad contemporánea, cuatro líneas cuyo punto de fuga es la necesidad de salvación con acentos distintos. Un límite evidente de los autores tratados es que escogen una característica del mundo contemporáneo y la proponen como elemento casi exclusivo y principal, cuando en realidad cabría interpretar sus análisis como complementarios. El resultado, si componemos los cuatro, es que nos dan una idea bastante complexiva de la necesidad de salvación en el mundo contemporáneo. La era del vacío llama a una era de la plenitud; la sociedad del riesgo espera una era de seguridad; la vida líquida apunta a una vida estable; la sociedad del cansancio nos emplaza a un tiempo de reposo. La sociedad de hoy, en gran medida vacía, en peligro, indefinida y cansada, aspira a una salvación que colme de plenitud, seguridad, estabilidad y reposo al ser humano.

Desde estos análisis se abren algunas líneas que la reflexión soteriológica podría aprovechar. Si la relación entre la naturaleza y la gracia nunca se da en abstracto, sino en este hombre concreto y en este mundo concreto (Léonard, 1985, p. 42), la teología, atenta a las necesidades del ser humano concreto, podrá aprovechar el panorama que le brindan los autores estudiados para reflexionar sobre la soteriología del ser humano contemporáneo. Y esto desde el doble plano de la soteriología en general y de la cristiana en particular (Cordovilla, 2021, pp. 47-59). Plenitud, seguridad, estabilidad y reposo, necesidades a las que apuntan los autores aquí revisados, son palabras habituales en el vocabulario de cualquier persona creyente, y por tanto términos necesitados de clarificación conceptual y reflexión teológica sosegada.

## Referencias

- ANRUBIA, E. (2018), *La soledad*, Síntesis.
- BAUDRILLARD, J. (1978), *Cultura y simulacro*, Kairós.
- BAUMAN, Z. (2006), *Vida líquida*, Paidós.
- BAUMAN, Z. (2007), *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, Gedisa.
- BECK, U. (1998), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós.
- HAN, B.-CH. (2012), *La sociedad del cansancio*, Herder.
- HAN, B.-CH. (2014), *En el enjambre*, Herder.
- HAN, B.-CH. (2021), *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Herder.
- CORDOVILLA, A. (2021), *Teología de la salvación*, Sígueme.
- ELIAS, N. (2016), *El proceso de civilización*, FCE.
- GARCÍA MOURELO, S. (2018), "Antropologías cansadas. Un reto para el humanismo integral", *Razón y fe*, 1436 (278), 311-322.
- GARCÍA-VALDECASAS, J. I. (2017), "Zygmunt Bauman: una voz sólida en una sociedad líquida", *Razón y fe*, 1423-1424 (275), 451-460.
- GIRARD, R. (2002), *Veo a satán caer como el relámpago*, Anagrama.
- GIRARD, R. (2006), *El chivo expiatorio*, Anagrama.
- GIRARD, R. (2009), *La anorexia y el deseo mimético*, Marbot.
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, E. (2016), *Los límites del deseo*, Clave Intelectual.
- JUSTO, E. J. (2022), "Pensar y decir la salvación cristiana", *Estudios eclesiológicos*, 97, 381-381, 745-771.
- LÉONARD, A. (1985), *Pensamiento contemporáneo y fe en Jesucristo*, Encuentro.
- LIPOVETSKY, G. (1986), *La era del vacío, Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama.
- MARCOS, A. (2022), "¿Lo técnico como factor de deshumanización?", *Cuadernos de pensamiento*, 35, 53-70.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1984), *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe.
- VIRILIO, P. (2010), *El accidente original*, Amorrortu.